

40

abril
maio
xunio 1973

GRIAL

LOIS TOBIO: Gondomar e o galego.

MARÍA R. URÍA-SANTOS: O antiteísmo do teatro de Carlos So-
lórzano.

ANTOLÍN FARALDO: Artigos de "El Recreo Compostelano".

F. GUMERSINDO PLACER: "Mari-Hernández la gallega".

RAMÓN OTERO PEDRAYO: Noite compostelá.

MIGUEL SERRANO: Rexurdimento do mito.

DOMINGO BLANCO: Aspectos do galego na comarca de Or-
tigueira.

VIGO

ARTIGOS DE ANTOLÍN FARALDO

Antolín Faraldo é un dos escritores e políticos románticos da primeira metade do século XIX galego.

Nacéu en Betanzos no 1823 e morréu en Córdoba no 1854.

Estudou Menciña na Universidade de Santiago. Sendo estudante, comenzou a súa aitividade xornalística nas páxinas de "El Recreo Compostelano", que se publicóu durante o ano 1842. Tamén escribiu nas páxinas de "La Situación de Galicia", publicación igualmente compostelá, na que firmaba os seus traballos co seudónimo de Aben-humeya.

En 1845 fundou en Santiago, en colaboración con Romero Ortiz e máis con Rúa Figueroa, a revista "El Porvenir", cuxo lema era "Todo para Galicia". Un feito notable desta revista era o rotundidade con que defendía "la libertad sin trabas en el campo de la literatura", ou seña, a rotura dos módulos, das formas e dos dogmas literarios.

Faraldo participou na famosa Asamblea Federal que se celebróu en Lugo no 1843 e tomou parte moi destacada na revolución galega de 1846. Foi, xa que logo, un militante aitivo do movemento liberal, inda que, pola brevedade da súa vida e polo arredamento en que viviu os derradeiros anos, a súa aitividade redúcese á década do 40.

Antolín Faraldo é unha figura representativa da rebeldía anti-centralista dos liberáís galegos. O enérxico centralismo introducido en España polo liberalismo provocóu fortes resistencias que soupo aproveitar con gran oportunidade o carlismo. En Galicia, con todo, esa resistencia promovérona os mesmos liberáís, que reaxiron vigorosamente contra o centralismo en defensa da persoalidade integrada do antigo Reino de Galicia fronte á súa desintegración en catro provincias centralizadas en Madrid. Pra afirmar a persoalidade unitaria de Galicia como pobo, apoiábanse principalmente na historia, como era adoitado na época.

Publicamos unha primeira serie dos artigos de Faraldo aparecidos nas páxinas de "El Recreo Compostelano" durante o ano 1842, cando era un xoven universitario compostelán, por seren un valioso documento pra conocéremos as primeiras manifestacións da reación do liberalismo galego, inspirado pola concencia colectiva de pobo, fronte ao liberalismo individualista e fortemente centralizador que nos viña de fora.

HISTORIA DE GALICIA

El siglo presente, más grande, más filósofo y más inteligente que todos cuantos han pasado, no ha caído en el absurdo de considerar al hombre desnudo, cual nace, como si no tuviese una historia inmensa que camina con él. Tan profundo como severo, huye de la escuela de Rousseau y de todos aquellos que con escepticismo quisieron regenerar al hombre social y huyeron de la sociedad, de los que sepultaron en un abismo lo pasado para reformar lo presente, de cuantos pretendieron mejorar la sociedad sin sociedad. Como si la familia humana no llevase siempre en sí la luz de su mejoramiento y no tuviese a la vista la fórmula de su perfección; como si el hombre no aspirase incansablemente a la solución del problema de su dicha: como si tantos afanes, tantas desgracias, tanta sangre vertida, tanto inocente que muere en un cadalso se hubiesen amontonado con los siglos para realizar un pensamiento de escarnio, como si la historia del hombre fuese un anatema para el hombre; el filofosismo enciclopédico, olvidando la sociedad, borró la historia del género humano. El siglo 19, descifrándola, se acordó de lo pasado y con todos los trabajos que la humanidad había ido atesorando con provecho, construyó el edificio del porvenir. La actual época es eminentemente histórica y fecunda la organización social de las generaciones venideras en el estudio de todo lo pasado; pues siendo el género humano como un río que principió con el mundo y concluirá con él, hay que conocer los escollos que se oponen a su curso para dirigirlo, agrandararlo y llevarlo al océano.

La raza humana ve delante de sí algo más que una maldición eterna, siendo su destino la dicha. Su tarea grandiosa es arruinar las vallas que se oponen al cumplimiento de aquella profecía cantada por el paganismo, divinizada por los cristianos, e impulsada prodigiosamente por los filósofos modernos. Así nunca se consultaron más las crónicas, las tradiciones, todo lo antiguo: ni el genio ha cansado tanto su vista en desentrañar lo que dejaron escrito otros hombres y otras sociedades, como al presente. Una multitud de hombres eminentes, empapados en la filosofía más pura, han contribuido a que tomasen los estudios históricos un vuelo rápido que honra nuestro siglo. Los sabios han visto en medio del amontonamiento de los años un no sé qué de bueno, de útil, de grande; y para comprender este movimiento de mejora y su tendencia no hicieron más que estudiar la historia. Los Guizot, Thiers, Chateaubriand, Niebuhur, Sismondi, Tapia y Moron, constituyen una clase de genios que caminando al lado del hombre histórico y robando a los siglos sus secretos, descifraron los destinos sociales y señalaron con el dedo un camino grandioso, sin límites, sin horizonte.

Habiendo comprendido que los jóvenes de esta edad son jóvenes arrullados en la infancia con canciones de libertad, jóvenes instruidos con libros de la época, jóvenes a quienes se les enseña lo que valen y lo que pueden: no dudamos afirmar que aspiran a introducir en Galicia el aprecio a la antigüedad y el amor a los estudios históricos. Nuestro deseo sería que formando parte de la más sencilla educación, la historia fuese la conversación del pobre y el libro del pueblo: ella le enseñaría sus necesidades y el medio de satis-

facérlas, porque los anales de la humanidad son una inscripción de mármol que no destruyen los tiranos, ni desmoronan los siglos. También anheláramos que en las aulas se enseñasen los verdaderos elementos de la historia con la filosofía y criterio que merece, ya que por culpa de los hombres del poder concluyen su carrera muchos jóvenes sin tener conocimiento de lo que ha pasado por detrás de sí, ni de las existencias que le agitaban. Galicia que tiene sus anales, poderosos en los destinos españoles, numerosos en glorias y testigos de sus elevadas ideas, Galicia que tiene una juventud tan amiga de saber, esta Galicia censurada sin decoro, tiene elementos también para una historia filosófica, historia que muchas veces tiene que enlazarse con S. Quintín y Lepanto. Nosotros historiando sus hechos, poetizando sus tradiciones y sus leyendas pretendemos mostrar a nuestros compatriotas y principalmente a esa clase sencilla que trabaja, a ese pueblo oprimido, lo que han sido sus padres, cuántas glorias han tenido, lo que ha sido y lo que puede ser: porque en la historia se aprende la libertad.

Nosotros desmentiremos con energía que *el Africa no comienza en los Pirineos*, y escribiremos con orgullo que la tierra donde se pone el sol es un país de historia, de pasado, de valor, una tierra en fin de españoles. Convenceremos a las gentes ilustradas, que todos cuantos censuraron a Galicia no hablaban más que con la preocupación en los labios, pues si hubiesen desdoblado nuestra historia hallarían todas las virtudes de un pueblo libre, religioso y caballeresco: se vieran forzados a decir que sus hijos han sido tan libres como los Galos y tan emprendedores como los habitantes del Albión.

Evanecidos de respirar el aire puro de la época en que vivimos, y contestando a la invitación expresa que nos hace nuestro siglo, nos ocuparemos en una serie de artículos de la historia de Galicia, enlazada con la de España de la cual no podríamos separarla. He aquí nuestra tarea.

Núm. 1 de "El Recreo Compostelano", pág. 4

FEIJÓO

Fue el ilustre de su patria, y el sabio de todos los siglos. LABORDE.

Galicia, rica en todo, tiene una historia literaria que también cuenta sus filósofos; decimos sus filósofos, porque el mayor sabio español del siglo 18 ha sido gallego. El P. Fr. BENITO JERÓNIMO FEIJÓO, nacido en 8 de octubre de 1676 en Casdemiro, pequeña aldea de la provincia de Orense, es nuestra mayor gloria literaria para cuantos hayan descifrado el pensamiento de sus escritos. Apenas llegó a la edad de la inocencia, ya mostró en lo que sería en adelante, vislumbrándose en aquella alma toda de joven una chispa de talento que más tarde había de socabar el reino de los abusos y de las preocupaciones: talento que desarrollaron sobremanera los afañes de sus padres D. Antonio Feijóo y María de Puga. Para ello ha anhelado separarse de la distracción y de los placeres de la sociedad y se acogió a una institución que ofrecía su quietud y su posición social a cuantos querían huir de la ignorancia, es decir, en 1688 vistió la cogulla de S. Benito. Aquí comienza la carrera de este hombre que ha dejado tras sí un rastro tan brillante de filosofía

que los mayores progresos no obscurecerán. A una provincia vecina nuestra le cabe la gloria de haber alimentado y agrandado con la instrucción su talento, pues recibió el grado de maestro en artes en la Universidad de Oviedo, a donde se trasladará; después de adquirir el conocimiento de las humanidades en Galicia. Infatigable en el estudio, Feijóo se nos presenta como una de esas almas raras que aparecen de siglo en siglo como cometas, obligándonos a apellidarle hombre profundo a la par que *universal*, porque comprendiendo todo con su vista y discernimiento filosófico, abrazó todos los conocimientos humanos en sus estudios y en sus trabajos. El espíritu del siglo fue el origen de su primera y especial vocación: pero si en los estudios sagrados mostró sus grandes cualidades y talentos, en el cultivo de las bellas letras, de los idiomas, de la historia, de las matemáticas, hasta de la Medicina, manifestó claramente que merecía el título tan poco común de erudito y de filósofo. El mundo ilustrado desde luego apreció su mérito —pues por entonces las medianías envidiosas, que tan funestos males ocasionan a las letras, no levantarán su voz aún— nombrándole doctor en casi todas las facultades, y eligiéndole por profesor de teología: reverenciándole también los benedictinos con la elección de su maestro general. Dotado de una penetración profunda y de una memoria prodigiosa —que el frenólogo debe notar con atención, pues está manifestada en los ojos grandes que ofrece su retrato, presentado a nuestros lectores— a la par que de una aplicación a las tareas literarias, que sólo tenían de interrupción cuatro horas al día, pudo haber llegado a crear una serie de producciones admiradas con entusiasmo por su siglo, fecundas en resultados para la civilización española, y que presentan todos una misma tendencia aunque bajo distintos aspectos; descubriendo en ellos una sola y única idea que era la guerra a las preocupaciones, a los abusos, a todo lo que tenía de malo la vieja sociedad y que la intolerancia le permitía decir sin parar en las mazmorras del Santo Oficio, como diremos muy luego en la segunda parte de nuestro artículo.

Como fruto de la clase de estudios a que se había dedicado con especialidad, sus primeros escritos que nos parece datan desde 1724 tenían un objeto sagrado siendo por la mayor parte sermones y trabajos teológicos, aunque algunos eran también de materias muy diferentes. Feijóo naciera para empresas más grandes. En 1726 apareció en Madrid el primer volumen de su gran obra, cuyo nombre es todo su elogio: hablamos del *Teatro Crítico Universal*, en el que ha reunido los conocimientos y trabajos adquiridos en treinta y tantos años: volumen que sirvió de portada a los grandes trabajos posteriores. Los instruidos comprendieron al filósofo gallego, pues al momento acentos de admiración cruzaron el horizonte haciendo repetidas ediciones en todos los puntos de nuestra España, tan fecunda en ingenios, y tan poco anhelosa en buscarlos. Cuando siguiendo con su obra en los años siguientes, concluyó de publicarse en 1839 (Mad. en 8 tomos en 4.^o), los elogios subieron de punto, pronunciándose el nombre de Feijóo con entusiasmo y haciéndose su apología en varias obras de la Francia: principalmente después de salir a luz desde 1740 a 1746 un *Suplemento* al mismo Teatro. Este se hizo una obra europea: traduciéndole muy luego Hermilly al francés en 1742, haciéndose en 1744 en Roma una traducción, y en 1745 otra en Génova, y traduciendo también un Capitán inglés al lenguaje de su patria algunos trozos de ella, desde 1777 a 1780. Sus tareas lite-

rarias no sufrieron interrupción, consagrando toda su actividad a la vida literaria que tantos goces ocasiona al verdadero sabio, para quien las letras no son una especulación. Bajo el título de *Cartas eruditas* publicó otra obra en Madrid en 5 volúmenes, desde 1746 a 1748 que fue el complemento, por decirlo así del *Teatro Crítico*, dando cima a su grande empresa. El entusiasmo por el gran filósofo español, fue general en la Europa, adelantándose muchas categorías a tributarle su respeto y admiración. Benedicto 14, el Cardenal Querini y otros muchos literatos famosos se deshicieron en alabanzas de nuestro escritor; sus relaciones con los sabios fueron muy numerosas, distinguiéndose entre ellos uno de los hombres de Carlos 3.º, el célebre Campomanes. Este amigo sincero de Feijóo, creyó hacer un servicio a la literatura de la España arrancándole del claustro, lo que él rehusó, porque los honores y las riquezas no se hermanaban con los sentimientos de su alma.

Los mismos Reyes de España tributaron su respeto a nuestro compatriota, honrándole Fernando 6.º con los honores de Consejero y participando de la confianza de Carlos 3.º que como muestra de su aprecio le regaló las *Antigüedades de Herculano*. Más apesar de la admiración general y de haber escrito sobre casi todos los ramos del saber con su sagacidad y filosofía a la par que con una elocuencia que en las aulas distinguía a sus discursos de joven, apesar de la energía y erudición, unidas a la profundidad de su pensamiento, la envidia y la ignorancia alzaron su voz contra el sabio cuyas sienes estaban orladas ya con el laurel de la inmortalidad. Fue un furor la manía de impugnar al *Teatro Crítico*, que aunque tenía errores, sólo se *impugnaba porque no se entendía*, como ha dicho su apolo-gista Sarmiento. Entregado exclusivamente a las ocupaciones literarias, compuso también diversos escritos sueltos, varias poesías y algunos trabajos apologéticos. Su aplicación y estudio fueron continuos: y hasta el mismo instante de abandonar un mundo de des-gracias trabajó incansablemente para agrandar el entendimiento de todos los hombres —Feijóo para todos escribió— y especialmente del vulgo. El día 26 de setiembre de 1764 se apagó aquel talento peregrino y dejó de existir el gallego cuya gloria se ensancha con los años y no se extinguirá jamás.

SU ESPÍRITU FILOSÓFICO E INFLUJO EN LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA

*Galicia tuvo un grande hombre
que representa una época: Feijóo
fue el enciclopedia.*

Hemos delineado al Feijóo-hombre: pasemos a dibujar al Feijóo-filósofo. Después del monje aparezca el reformador.

Antes del FILÓSOFO GALLEGO cuyo espíritu pretendemos descifrar, todos los escritores se hallan tiranizados por las preocupaciones de su siglo, perdiéndose los más bellos talentos en las tinieblas del error. En la patria de Luis Vives, la ignorancia aún aparecía reinante en los mismos santuarios del saber y era mimada sin rebozo por la soberbia y la vanidad. El pueblo crédulo y sencillo corría a los autos de fe, con una especie de admiración miraba a ciertos hombres lle-

nos de oropel... pero vacíos de saber, estériles de pensamiento. FEIJÓO aparece: ve de lo que puede ser susceptible España, profetiza que la imprenta puede destruir al desmoronado alcázar de las preocupaciones y de los abusos; y con la antorcha de la filosofía en la mano despeja el sendero por donde marchaba la humanidad sin sentirlo. En nada se detiene, nada teme; él es quien se propuso dar de muerte a errores añejos y empieza a escribir. El título que ha dado a su obra inmortal ya revela su gran pensamiento. **TEATRO CRÍTICO UNIVERSAL**, etc., *para desengaño de errores comunes*, y ¿quién no ve en estas palabras que él no quiere ocultar a lo que aspira presentándose de golpe como reformador? No sólo esto: en el prólogo principia diciendo: "*Lector mío, seas quien fueres* —y aquí nótese que no exceptúa a los hombres del *capirote*— **NO TE ESPERO MUY PROPICIO**"; en esto ya demuestra que penetraba bien el tiempo en que escribía, y los hombres para quienes levantaba el látigo sin compasión.

Lo primero que notamos con sorpresa es verle escribir en idioma español: lo que fue un paso atrevido que ha formado una verdadera época en la ilustración española. Con esto manifestó su objeto, y dando de muerte al sistema escolástico —hijo muy querido de las universidades— de escribir en latín con el deseo de amortizar el saber bajo la salvaguardia de que era una lengua universal, se aventajó al Bacón español del siglo 16.^o que no tuviera bastante valor para hacer esta gran reforma. Al paso que Luis Vives escribió en el idioma de Cicerón y Quintiliano —y no en el *circa romancium* de los pedagogos, en el macarrónico— el sabio *benedictino* escribió en el idioma de su pueblo, burlándose de aquel error en que ha caído la Inquisición, por el cual ha sido condenado el traductor del *Cantar de los cantares*; y error especie de pañal con que se envolvió la *enseñanza universitaria* ya en aquellos tiempos en que la prohibía la bula de un Papa, ya en los del gran Carlos 3.^o y ya... saben nuestros lectores demasiado lo que queremos decir con esto. El que analice los numerosos escritos de nuestro célebre Feijóo tan distintos en su objeto, el que los estudie con la filosofía moderna y el conocimiento de los siglos 17 y 18 encontrará en ellos con admiración una unidad propia de genios elevados, distintivo de esos hombres que hicieron las grandes revoluciones científicas. ¿Cuál era pues el sistema del enciclopedista español? Su pensamiento de 50 años primordial y dominante era arruinar errores que sancionaba el tiempo, el fanatismo y frías capacidades. Declaró la guerra a la ignorancia, a los abusos, a las preocupaciones: todo lo arrolló con su erudición y su filosofía. Batió frente a frente a la España que Jovellanos llamaba *vieja*, derramando las semillas de las nuevas ideas que el influjo del tiempo, los progresistas de Carlos 3.^o y las ambiciosas águilas imperiales habían de desarrollar y de elevar a verdades prácticas.

El objeto que se propuso en sus trabajos le hace dividirlos en discursos y cartas. El primero de aquéllos es la base de todos sus escritos: si consideramos que negando el buen sentido a las masas entonces ignorantes y sancionando la supremacía del saber, aspira a establecer el reinado de la inteligencia, la aristocracia del talento, única legítima y posible. La ignorancia era el elemento de todos los españoles y su pensamiento combatir el error. Así su primer conato es negar el poder de la voz del pueblo, ya porque sólo de este modo

se podía oponer al torrente general de las ideas, y ya porque en esto mismo se encerraba una idea regeneradora. Todas las existencias de la vieja sociedad estaban sostenidas y apoyadas por el tácito consentimiento de los hombres. Defender, pues, entonces el voto del pueblo, sería defender también existencias que el genio debía arruinar, y por lo tanto combatir el entonces ridículo y falso principio—hoy verdadero y filosófico— *la voz del pueblo voz de Dios*. La tiranía real, el poder inquisitorial, el fanatismo y todos los demás vicios de lo antiguo estaban sostenidos y defendidos por el pueblo. Ensalzar, pues, repetimos, el buen sentido popular, era afirmar la justicia y legitimidad de las instituciones de la época: era hacer la apología del viejo sistema, y el anhelo de Feijóo era más noble y generoso. No pudiendo batir claramente lo existente, mina sus bases. Si atacase el despotismo real, el Santo Oficio y demás fundamentos de la España de Torquemada y Felipe 2.^o hubiera parado en los calabozos, tal vez en la hoguera... pero se dirige a negar que resida en las masas el buen juicio y la recta razón y de este modo destruye el antiguo sistema por sus cimientos.

Para leer el pensamiento de la filosofía del monje benedictino sería necesario estudiar el *Teatro Crítico* y *Cartas eruditas* del modo que lo hemos hecho con el primer discurso. Pero hoy nos contentaremos con buscar la idea fundamental de sus escritos, desarrollarla y presentarla tal cual puede hallarla un profundo análisis.

Feijóo no ha sido solo teólogo, historiador y moralista. Así la Física como la Medicina, así la Política como la Literatura, todo lo ha presentado en sus célebres discursos y cartas con buen gusto, con erudición y novedad, y con una filosofía elevada; engrandeciéndolo todo con ideas reaccionarias contra lo existente, porque obraba a impulso de su inteligencia y porque caminaba por entre todos los escollos sociales que el aluvión de las revoluciones había de barrer. El se lanzó en medio del error, le venció, apareciendo la verdad capaz de derribar abusos, existencias y ocasionando revoluciones de esta suerte. Ocupa el lugar brillante de los filósofos enciclopedistas, porque si éstos produjeron la magnífica epopeya de 89, él reparó las épocas gloriosas de 12, 20 y 36.

EL FILÓSOFO GALLEGO, y con esto nos fijamos porque deseáramos que fuese el único nombre que se le diese, abrió una senda luminosa a las ciencias naturales, sosteniendo con toda la energía de su talento los grandes principios de estos estudios. *Observación, experiencia e inducción*; tales serán en lo adelante las bases de la ciencia del naturalista, y su erudición ilimitada y lenguaje arrollador hacen que se oculten los peripatéticos detrás de los numerosos comentarios de Aristóteles. A las ciencias naturales y exactas consagró gran parte de sus obras, revelando con ello de que el primer elemento de reforma en la España era popularizar ese *espíritu de duda*, ese carácter geométrico producido sólo por las ciencias positivas. En verdad el mundo literario se había hundido en el caos de la mentira y el mismo libro de la naturaleza se hallaba desfigurado por la superstición. Feijóo ansioso de ilustrar al pueblo que tanto amaba, le convenció de que todas las fábulas que la charlatanería introdujera en las ciencias, no eran sino falsas creencias y mentiras sancionadas por la ignorancia de siglos pasados. Hizo trizas el lazo supersticioso que atando la imaginación del pueblo al porvenir la indisponía para las mejoras, ridiculizó las fantásticas ciencias de lo

futuro y todos los prodigiosos secretos con que gobernaban a los españoles hombres diestros. Todo desaparece a la voz de su censura, y su examen arroja a hipócritas y mentidos profetas del santuario desde donde fascinando el entendimiento de las gentes sencillas las tiranizaban a su antojo. Por primera vez el pueblo duda, confía en sí mismo, cree en reformas y en revoluciones... prodigioso progreso por cierto.

El que lea sus discursos sobre la Medicina cree ver, no a un monje ocupado en estudios sagrados, sino a un verdadero médico que amontonando saber ha conocido los errores de la ciencia y el modo de desvanecerlos. Todos los delirios introducidos en el arte de Averroes y Avicena fueron negados y desmentidos por su talento fundado en la razón y en la experiencia. ¿Quién no se admirará si aseguramos que el actual progreso médico que tanto nos envanece, es fruto de los afanes de Feijóo y ha principiado con su Teatro Crítico? Pues con sus escritos llenos de amargas sátiras contra los médicos de su época, aparece como el enemigo del empirismo, y proclamando en nombre de su filosofía la *observación* y la *experiencia*, bases de la Medicina, comienza la gran reforma médica que no han concluido nuestros contemporáneos.

Siendo su blanco la destrucción del mundo antiguo, ataca al escolasticismo, desprecia y humilla a los conocimientos que se tenían entonces de la Lógica, de la Dialéctica y de la Metafísica. Todas las puerilidades y pedanterías hijas de la edad media, son confundidas por las ideas del sabio monje hiriendo de muerte a las universidades. Pero como buen reformador destruye para edificar. Así crea un verdadero programa de estas ciencias y les separa del país de las quimeras donde eran halagadas por los orgullosos inquisidores del pensamiento. Ridiculizando el oropel de las formas escolásticas, toda la farsa del sistema universitario y fijando las ideas justas de los conocimientos humanos, estableció los sólidos principios del adelantamiento y ha construido los cimientos del nuevo edificio científico. Así prefiere la razón a la autoridad, la ensalza, se burla de los hombres de las fórmulas, enfurecidos contra el adelanto del siglo XVII y se declara partidario del libre pensar. Rebelándose contra la autoridad a la que por tantos siglos se diera culto, se inscribe en la escuela de Descartes, que predicando el *examen* y la *duda* preparó las terribles oscilaciones sociales que hemos visto y pronostican un cataclismo universal. Feijóo pues desentrañando las verdades científicas, sacando al saber de la sima en que lo hundieran pasiones miserables formó la verdadera filosofía de las ciencias, y ha creado una nueva escuela que le honrará eternamente.

Con su *Teatro Crítico* y *Cartas eruditas* ha pretendido popularizar y esparcir entre los españoles el germen de aquellos conocimientos que por entonces engrandecían a la Francia y a la Inglaterra; por esto sus obras son una verdadera ENCICLOPEDIA, atesorando él sólo, por decirlo así, todos los conocimientos de la dilatada escuela que tenía por cabezas a Voltaire, D'Alambert y Diderot. Y aún muchas veces creó más que esta cruzada de filósofos que hacía la guerra a las antiguas existencias, siendo por cierto muy avanzadas sus ideas socialistas y religiosas. Por esto ha negado con ardor la creencia general de la corrupción de la familia humana, de que el hombre caminaba a la destrucción; idea bajo la cual pretendía defenderse el despotismo que temblando al ver el movimiento in-

cesante de las generaciones negaba la verdad escrita por todos los siglos. Pero el abad de S. Vicente le dio un solemne *mentis* con una brillante apología de ese ídolo de nuestra época, reconociendo la tendencia de las sociedades a la perfección. Zahiriendo nuestro filósofo todo lo supersticioso del culto católico y ansiando rejuvenecer la religión, aspiraba a reorganizar el cristianismo sobre principios más filosóficos. El se inició en las doctrinas socialistas, y aún ha tenido un pensamiento que la revolución francesa convirtió en hecho, cual era aumentar los días de trabajo, pues con las innumerables fiestas que la religión establecía se amortiguaban la agricultura y las artes. Y en honor del obispo de Roma confesemos que esta idea halló acogida en el corazón de Benedicto XIV quien planteó útiles modificaciones. Dilatándose extraordinariamente con los estudios su alma grande participó del escepticismo del siglo XVIII; con su incredulidad en el amor patrio y su fe en el interés móvil de nuestras acciones se adelantó a la *escuela utilitaria* que tiene a Bentham por patriarca. Pero donde manifiesta más lo avanzado de su pensamiento y su tendencia revolucionaria es cuando con el calor de la convicción y con una filosofía elevada defiende la causa sublime de las mujeres. El estudió lo pasado y lo presente, la naturaleza y el hombre, el individuo y la sociedad, y luego se adelanta a predicar una verdad incomprensible a todo el siglo XVIII y dice —las mujeres son esclavas, su libertad y sus derechos les han sido arrebatados, la verdadera civilización debe emanciparlas—. Si la *profetisa de las mujeres libres* hubiese leído a Feijóo, ella bendeciría su memoria.

Desde su retiro de S. Vicente de Oviedo esparcía por la España que esperaba con avidez sus escritos, aquellas obras cuyo pensamiento nadie ha sondeado aún, y que nosotros creemos está expresado por la palabra *reforma*. En la religión, en la moral, en la política, en la literatura, en la filosofía; en todo domina su talento, racionando y utilizándose de todo para su obra, que no era otra que la reforma de unas existencias, de unas costumbres y de unas ideas que debían desaparecer para siempre, comenzando desde este momento una era de civilización cuyo término sólo está marcado en el borde del sepulcro de la familia humana.

Bastará examinar el furor que se apoderó de todos por impugnar sus ideas para convencerse del poderoso influjo que ejerció en la situación literaria de la España. Entre las muchas obras que se publicaron con este objeto, se distingue la de Mañer escritor de mérito, que ha titulado *Antiteatro crítico*; era de moda por decirlo así el combatirle, y de esta suerte como él rebatía a todos desarmándolos y vencéndolos; muchos estudiaban toda clase de ciencias, generalizándose el amor al estudio, porque para impugnar a Feijóo era preciso tener atesorado mucho; y he aquí un elemento precioso de civilización. De este modo el movimiento intelectual fue admirable y sólo desde 1725 en que el *Teatro Crítico* apareció hasta 1760 en que las letras perdieron al grande hombre, dio origen a más de cincuenta obras. Hoy mismo sentimos su influencia, pues este espíritu accionario que se generalizó en la política; en la religión y en la filosofía, a él ha sido debido; y los sabios que aparecieron después han seguido sus huellas. Así Feijóo, para el que filósofa sobre los hechos, es el caudillo de todas las escuelas civilizadoras de la España, porque ha sido el primero que hizo de la verdad un dogma, luchando a muerte con la sociedad del siglo XVIII.

Concluamos.

Si Bacón cortó las cadenas de la inteligencia y se declaró el apóstol del libre pensar, si Descartes con su profunda filosofía emancipó al pensamiento, Feijóo ahuyentó al error de nuestra patria hiriéndole de muerte. De este Modo desempeñó en España lo que Galileo en Italia, lo que Bacón en Inglaterra, lo que Descartes en Francia; todo lo que nos obliga a decir que FEIJÓO ES LA MAYOR GLORIA DE LA LITERATURA GALLEGA.

Núm. 3 de "El Recreo Compostelano", pág. 38

OBSERVACIONES HISTÓRICAS

Desde el trono de su inteligencia lanza el sabio sus miradas investigadoras a esas oleadas tumultuosas que apellidamos años: ansiosos de resucitar lo pasado y de profetizar un porvenir que jamás alcanza, llama a su tribunal a los pueblos y a los imperios pidiendo cuenta a cada generación de lo que ha trabajado por la humanidad. Pasan los pueblos: los hombres se suceden unos a otros como las aguas de una cascada para perderse en el insondable abismo del tiempo; luego viene el filósofo observador y estudia cada época, cada generación, y cuanto han hecho los héroes y los filósofos, verdaderos hombres de cada siglo, principales agentes del tiempo. Examina sus empresas, las coloca en su justo y verdadero lugar, las juzga: y elevándose con rapidez a la encumbrada altura de la verdad, traza sus ideas en el papel sin que las gobierne la ficción, ni las dirija el interés, calculando la suerte desgraciada o el tiempo venturoso que los pueblos venideros divisan a lo lejos. De este modo estudia el tiempo: así forma la historia.

El siglo diez y ocho ha caducado como caducaron sus ideas, sus errores, sus caprichos, su oropel; y nuestro siglo, que ha dado de muerte a los sistemas de los enciclopedistas, ya llegó a la mitad de su carrera. Estos dos colosos de la historia tienen una influencia tan grande en las existencias futuras que preciso es observarlos. El siglo diez y ocho fue el resultado de los siglos de Pedro el Hermitaño, de Wiclef, de Lutero y de Enrique 8.^o, mejor: fue un reflejo de la *reforma* que ha civilizado a la Europa. La revolución francesa concluyó lo que las doctrinas libres principiaron envueltas en pensamientos religiosos; Lutero y Calvino pronosticaron a Mirabeu y Danton: y la arenga de Desmoullins en 89 es para la Francia revolucionaria lo que la quema de la bula de León 10 en Wittemberg para la Europa protestante. El pueblo hollado por trece siglos, agobiado por existencias envejecidas y molestas, e ilustrado por la escuela reaccionaria de Voltaire, se apiñó al pie de una idea, y entusiasmado de gozo, loco por este grande objeto que enamoraba su pecho, desoyó la voz de la experiencia y dispersó hasta los menores recuerdos de lo pasado: desordenando todos los elementos políticos, sociales y religiosos de la antigua sociedad, y realizando la máxima de Raynal de que *las naciones envejecidas sólo pueden regenerarse con arroyos de sangre*.

Vino el siglo diez y nueve, estudió lo pasado y apareció lleno de calma, de tolerancia, de felicidad: se anunció como un tiempo de unión, de reorganización y de refundición social. La inteligencia

se conoció a sí misma, se explicó por los filósofos, e instruyó a los pueblos diciendo a los tiranos: *“volvéis al sepulcro, las miradas del pueblo se apartaron de vosotros”*: y a los hombres: *“acordaos que sois hermanos, el árbol de la libertad no fructifica con sangre”*. De este modo los pueblos empezaron a conocerse, el hombre no vio en su semejante un enemigo, y la humanidad se ligó con oscúlos de paz. Y si el siglo diez y ocho ha sido una edad de frenesí y destrucción, el siglo diez y nueve es un tiempo de mejoras, de reedificación y de adelantos. Si el uno levantó una guillotina, el otro la destruyó: si el uno ha alfombrado las plazas con cráneos, el otro ornó los cementerios con flores. Si el uno produjo y se expresó todo entero en la revolución de 89, el otro reasumióse todo en la de 30.

El siglo pasado atacó el espiritualismo, destruyó las creencias: la mano revolucionaria arrancó las páginas de un libro de diez y ocho siglos, y el Deísmo sucedió al cristianismo. De en medio de destructoras ideas se alzó el siglo presente, mas se encontraba descarnado y triste, porque el filosofismo enciclopédico quemara el libro de la ley; estaba abandonado como un huérfano y se acogió a consoladoras creencias: la religión ridiculizada por los escritores, tuvo otra vez eco en los corazones y el materialista se hizo cristiano. El siglo diez y ocho adoró un ídolo que quiso darle culto en toda la tierra: este ídolo era la Igualdad y la Libertad. Entusiasmó a todos los corazones y agrupó a su alrededor a los hombres: su entusiasmo fue violento y desmedido, y llevaron al último de la carrera al carro revolucionario el que dirigido sin orden y sin experiencia, se estrelló sin compasión. Por eso los hombres se ensangrentaron y el hacha del verdugo separó mil cabezas: así el siglo diez y ocho ha sido un océano de sangre que ahogó cien mil vidas. Con todo, en él descollaba una idea grande, y que representa su tiempo.

El siglo diez y nueve, más grande, más creador, ha escrito un pensamiento que leído por todos, a todos ha deslumbrado y fue el origen de concepciones extremadas: este pensamiento circuló por todas las cabezas, se hermanó con la paz y con la tolerancia y se divisó al frente de todos sus esfuerzos y de todos sus trabajos. Se deslindaron los intereses recíprocos y los hombres se unieron con lazos de amor. Digámoslo con orgullo: nuestro siglo es más grande, más encumbrado que el pasado, porque desarrolló más, porque concibió un porvenir magnífico, primordial, que lo desenvuelve, que lo explica, que lo resume todo esa idea celestial que se encuentra en todas partes, escrita con la moralidad de pueblos que viajan en peregrinación por la tierra, y de monumentos que se alzan con el hacha robusta de los artistas. Por último, la filosofía de un siglo es enteramente distinta de la del otro: la del siglo diez y ocho es arrolladora y revolucionaria: la del siglo diez y nueve es dulce y fraterno. Una fue el grito de la esclavitud victoriosa, otra es la voz del desengaño que reflexiona. Así el siglo pasado dijo que **LA REVOLUCIÓN ES HIJA DEL CIELO: CASTIGAR A LOS REYES Y HONRAR A LA DIVINIDAD, ES UNA MISMA COSA**. Al contrario el presente más intelectual y moral, predicó a los hombres que **DIOS QUERÍA LA JUSTICIA, QUE LA BASE DE LA FELICIDAD SOCIAL ERA EL AMOR**.

LA ENFERMA DE GONZAR. GALICIA

Maravillas hay en la naturaleza que reclaman, del médico y del filósofo un profundo análisis; análisis que rasga la máscara a opiniones reprobadas por la ilustración. Y como tal se puede contar la *enferma de Gonzar*.

JOSEFA DE LA TORRE, que así se llama, nació en 1772 ó 1773 en Sta. Marina de Gastrar y a la edad de 23 años se casó con Roque Tojo, labrador de la parroquia de Gonzar, de quien tuvo tres hijos. Habiendo un día salido al aire y a la lluvia sudando —año de 1806— le acometió un parasismo que le duró dos días, abandonándola sólo para repetirle a menudo durante el espacio de un mes, pero que al fin se disipó, sobreviniéndole una hinchazón de todo el cuerpo, la que le ha obligado a volver a cama a últimos del mismo año. A principios de esta dolencia y durante las dos primeras semanas, la enferma ejecutaba libremente todos los movimientos del cuerpo, pero un acontecimiento funesto vino a hundirle en una enfermedad terrible, de la cual sólo saldrá para la tumba. Al saber la muerte de su madre le acometió de nuevo un fuerte parasismo, y aunque recobró el uso de sus sentidos ha quedado inmóvil, aumentándose extraordinariamente la hinchazón la que rompió a principios de 1808, siendo tan abundante el líquido manado, que pudrió la camisa, sábanas y jergón, lo que se le mudó sin haberle hasta ahora sustituido otra ropa, excepto una sábana que constantemente le cubre en todas las estaciones del año y la que se le muda de tiempo en tiempo. Su situación invariable desde entonces, es tal cual la representa el retrato que damos a nuestros lectores, copiado del que sacó el profesor de la escuela de dibujo de esta ciudad, el Sr. Canela. Una cama rodeada de tablas en la cocina de su casa junto al hogar es su habitación, y el estado de la enferma el siguiente: recostada un poco sobre el lado derecho, con las piernas encogidas de tal modo que los muslos se unieron al vientre, y las pantorrillas a los muslos, ciega, con un olfato muy débil, buen oído, sin hablar casi, a no ser con su confesor, su rostro desarrugado e invariable, sin toser y aunque lo haga sin espectoración ni mover sino muy poco la cabeza, sin tener mal olor ni alguna clase de excremento y sólo sí varias lágrimas que a veces derrama. Los fuertes vómitos que le acometieron al principio de su enfermedad, especialmente cuando comía, motivaron el que no tomase el menor alimento. El primero que paró su atención fue el Cura de aquella aldea y sucesivamente los que le siguieron; hasta que hecha el objeto de la atención de la provincia, obligó al Arzobispo Vélez a mandar sus enviados, los que después de 17 días de observación decidieron terminantemente con los profesores de medicina que *Josefa de la Torre* vivía sin alimentarse, no habiendo nadie ya que lo ponga en duda.

He aquí el hecho: UNA MUJER QUE HACE 34 AÑOS VIVE SIN ALIMENTARSE. Hécho que la ciencia quiere resolver presentándole en el campo de lo real y de lo fisiológico, hecho que el vulgo apellida *milagro*, obediendo al pasmo que le causa. Y ¿no es posible este fenómeno en la marcha de la naturaleza?... A los hombres de la ciencia médica pertenece resolver esto. Muchos se han afanado en desentrañar este fenómeno, y sólo la observación y el estudio de la

enferma de Gonzar conducen a asegurar que los 34 años de su abstinencia absoluta son un efecto necesario de una verdadera enfermedad.

El Sr. Varela profesor de fisiología en esta Universidad, ha publicado un escrito, en que mostrando su erudición médica y buena lógica pretendió resolverla. Sin internarse en grandes cuestiones fisiológicas y usando de un lenguaje claro y conciso ha hecho un gran servicio porque escribió para todos. El Sr. Logu y Zelada en su *Examen-médico-filosófico*, ha caminado a otro objeto. Internándose en los misterios fisiológicos aspiró a resolver el problema de la *enferma de Gonzar*, creando por decirlo así un nuevo sistema médico y manifestando un genio elevado en el conocimiento del hombre, con un estilo seductor y elocuente; y siendo, por decirlo así, una de las pocas obras originales que ve aparecer la Medicina española. Más ¿cuál de los dos ha resuelto el problema? Sentimos el decirlo: ninguno... Como gallegos tributamos nuestro agradecimiento al autor del *Razonamiento fisiológico*, porque con él ha hecho un servicio importantísimo al pueblo; como dedicados al estudio de la ciencia de la humanidad rendimos nuestro homenaje al autor de *Examen-médico-filosófico*, porque con él ha añadido una gloria más a la Medicina española.

Núm. 5 de "El Recreo Compostelano", pág. 64

GALICIA ANTES DE LA INVASIÓN ROMANA

En un laberinto de errores y falsedades se perdería el historiadore que aspirase a delinear el cuadro de nuestra antigua historia. El espíritu destructor de bárbaras naciones que aniquilaron cuanto hallaban en los países conquistados, y la pasión de sus escritores, que olvidaron nuestros anales; todo contribuyó a borrar de nuestras crónicas hechos fecundos y que atestiguan nuestra antigua cultura. Galicia carece de su historia de muchos siglos: nuestras glorias, nuestros monumentos, nuestros héroes, nuestra civilización en fin ha sido hollada por el monstruo del Tiber. Sin perdernos en conjeturas y análisis históricos, por no ser el objeto de este período sencillo y elemental, vamos a trazar un panorama de nuestra historia breve y conciso.

Galicia se presenta al historiador, que en las costumbres, en los monumentos y en el lenguaje comprende toda la historia de un pueblo; envuelta en los primeros albores de los *tiempos primitivos* y embellecida con una civilización que honra a nuestros venerandos padres y que fue amagada con las cadenas que le ató el pueblo-rey. LOS CELTAS, que llevaron su nombre y su saber a toda Europa y aún al Asia, ha sido el primer pueblo que gozó de las dulzuras de nuestro clima, de su ventajosa situación para el comercio de occidente y de todas las riquezas de nuestro suelo favorecido por la Providencia. Los estudios históricos, la multitud de voces célticas y monumentos que han pasado al través de los siglos, huyendo de la destrucción de los hombres, hacen que les consideremos como nuestros padres: y que el principio de nuestra historia cuente muchos siglos antes de Jesucristo, sin emitir nuestra opinión sobre su origen. Su heroísmo e inteligencia los hizo una nación fuerte y valerosa, per-

petuándose su glorioso recuerdo de siglo en siglo, y resonando su nombre en todas las generaciones. Ellos han dado su nombre verdaderamente a toda la España, designándose desde la más remota antigüedad con el nombre de GALICIA, *Callectia* o *Gallecia* la Navarra, Vizcaya, Asturias, Lusitania y nuestra Galicia, pues bajo esta última voz se comprendía más de la mitad de la España, testimonio irrecusable de nuestra grandeza. Ni las revoluciones ni los tiranos han borrado el título de nuestra patria: modificado y corrompido por los tiempos y por las distintas naciones que se mezclaron con nuestros antepasados ha conservado siempre su primitivo tipo. Utilizándose de las riquezas de nuestra patria y dotados de un espíritu admirable, luego comenzaron a civilizarse principalmente después de adquirir sus luces de los Griegos y de los Fenicios, y se hicieron un pueblo poderoso que ha dejado vivos recuerdos de su grandeza. Del estudio de su situación se deduce que la organización social de Galicia antes de la invasión romana se había elevado a una altura verdaderamente grande, en que las artes, las ciencias, la religión y la moral eran otras tantas bases del edificio político. La soberanía de la inteligencia tuvo su trono entre nuestros padres; los DRUÍDAS eran maestros, legisladores, sacerdotes y filósofos. Llenos de sabiduría dictaban unas leyes sencillas que el pueblo tenía siempre a la vista en columnas de piedra; ellos enseñaban a los jóvenes, predicaban la moral y la virtud. La sociedad céltica, de la que ellos eran primeros magistrados, legisladores y ejecutores de las leyes, encerraba tres grandes principios que sancionaron todos los siglos: la fraternidad, el patriotismo y la religión. Esta era filosófica y sublime, porque adoraba a un Ser Supremo y esperaba un mejor porvenir después de la muerte, lo que ocasionaba las magníficas exequias y los sepulcros que han sobrevivido a las destrucciones del tiempo. Al principio celebraba en los bosques sus divinos misterios, acompañado de la lira del bardo, el sacerdote Druída oráculo de los primitivos gallegos: luego con sus luces invocó al Ser Supremo en las *aras santas*, que aún ve el viajero en esos CASTROS, en esos *dólmenes* de nuestra provincia. Nosotros aún nos figuramos ver a todo un pueblo libre, cuyos sacerdotes eran sus primeros sabios, alrededor de unos templos sencillos, dirigiendo miradas de candor a aquel Dios que comprendía sus almas puras, entonando cantos de gratitud y acompañando a los sacerdotes en los sacrificios. Las ciencias formaban también parte de sus instituciones. Admirados de las maravillas de la naturaleza y de la sublimidad del cielo dirigían su vista investigadora a los cuerpos celestes para leer el pensamiento de Dios escrito en el firmamento con estrellas y aspiraban a la ciencia egipcia que ha aplicado y desenvuelto Dupuis en nuestros tiempos. Todos estos elementos estaban acompañados de trajes en que brillaba el oro, y sobre ellos se veían armas que tantas veces hicieron temblar en sus *curules* a los padres conscriptos. Además, había dado un gran paso la sociedad céltica en su organización política, tomando parte las mujeres en las discusiones y asambleas y estando unidas las ciudades con lazos de cariño y fraternidad, pues formaban una verdadera nación federal.

De este modo la nación céltica o gallega con sus *Druídas*, sus leyes, su religión, sus ciencias y organización política, se había formado, ayudada de los años y de la civilización de los griegos y cartagineses, un gran pueblo que más de una vez estremeció al senado y fue el último en la España que besó las cadenas de los hijos

de Rómulo. Sus descendientes se extendieron por la España, cruzaron los Pirineos, esparciéndose por la Europa y por el Asia hasta las heladas regiones del Norte, cuyos recuerdos les han sobrevivido aún. Las costumbres de la Irlanda, de la Escocia y aún Francia son hermanas de las nuestras: y sus tradiciones, sus costumbres y su idioma están aún rindiendo homenaje a la grandeza de los CELTAS GALLEGOS.

Núm. 5 de "El Recreo Compostelano", pág. 69

LA ESCUELA HISTÓRICA

Hace noventa años que un filósofo con el genio de Galileo y la inteligencia de S. Simón expiró en medio de la Europa de los enciclopedistas. El penetrará por el mundo anchuroso de la ciencia y había formulado una creación grandiosa encerrada en pocas páginas. Pero entonces aún florecía el reinado de la duda, y no fue escuchada su voz perdiéndose en el océano de sistemas con que asentaban sus escuelas Weishaut y Voltaire. vico lleno de amor por la humanidad atravesó el mundo cargado de amargura, y triste por ver a la sociedad avezada al *Emilio* y la *Merope*, sin tener un brazo que la detuviese antes de precipitarse en el abismo a que se aproximaba; desconfió de lo presente y tuvo fe en el porvenir.

Helvecio y Diderot no en vano han clamado contra lo pasado. La Europa del siglo XVIII hija de las doctrinas de Voltaire, todo lo ahogó con su sangrienta revolución; y los cantos populares que acallaban los gemidos de las víctimas, y los cañones del populacho derribaron el edificio de tantas generaciones. La experiencia y la tradición fueron borradas de los principios sociales, y la humanidad caminó sin brújula hasta hallar la dicha en un principio.

El cuerpo de Marat arrojado del Panteón de los grandes hombres ha sido la insurrección contra el siglo XVIII, y obscureciéndose detrás de Saint Cloud la estrella que alumbrará al genio de Abelardo y Descartes, se levantó un nuevo sol en el horizonte de la tierra de Goethe. El astro de lo pasado iluminó al mismo pueblo donde el talento de Weishaut negara a lo pasado todas sus glorias y apareció el genio de la tradición. Al lado de las cenizas del jefe de los Iluminados que predicara la destrucción de todo lo pasado. Héjel y Gans hallaron en el sepulcro de Vico una verdad sublime, que encerraba el porvenir del mundo.

El principio del autor de la *ciencia nueva vestido* de formas más brillantes se proclamó por la fuerza de su verdad como áncora de salvación de la humanidad que inciensara a la *razón* en la catedral de *Notre-Dame*. Lo pasado se presentó lleno de encantos, y abrazando la verdad religiosa y la verdad política, reinantes en todos los siglos, fue reverenciado en la nación en que Lutero formulara su reforma. ¡Acontecimiento prodigioso! Donde el ILUMINISMO había proyectado el incendio de todas las ciudades, nació la ESCUELA HISTÓRICA que amó lo pasado como fundamento de una felicidad soñada por los filósofos.

El cisne de la tradición volando de los bosques del Rín fue a posarse en la cúpula del palacio Mazarini. Y Lerminier y Guizot, y Chateaubriand y Lamennais lanzaron sus anatemas contra aque-

llos hombres que todo lo vieran en sí mismos dando de muerte a lo pasado con la cuchilla del verdugo. Algunos rayos del sol de la Alemania penetraron por los Pirineos e iluminaron el entendimiento de los talentos de la Patria de Saavedra Fajardo. Donoso Cortés y el joven escritor de la historia de la *civilización española*, están filiados en esta escuela providencial y humanitaria. Remontándose a la adelantada civilización turdetana, al orientalismo español, a los concilios de Toledo, a la cultura musulmana, y a la inquisición, han formulado un principio filosófico en que estriba una sociedad religiosa e inteligente.

La ciencia alemana se ha hecho ya española en el corazón de muchos jóvenes que creyentes en lo pasado y llenos de fe en la tradición, sólo ven en la risa sardónica de Voltaire un gesto de ambición desmedida, y en la hipócrita sencillez de Rousseau un mentido apostolado de la filosofía. La escuela histórica ha vencido al siglo XVIII, y aquella Convención que amenazada por la espada de un soldado arrojó el gorro jacobino, aparece de esta suerte pequeña en sus formas y lúgubre al lado de los filósofos que en la historia han hallado las leyes que presiden a los destinos del mundo.

Núm. 11 de "El Recreo Compostelano", pág. 169

LA LIBERTAD COMO PENSAMIENTO POLÍTICO LITERARIO

Nuestra época ha llevado en sus creaciones su originalidad y concepción a todo lo intelectual de la sociedad y con la luz de esa regeneración, cantada por los poetas del siglo XVIII, con que engrandeció a todas las ciencias, ha dado una lozana existencia y nueva vida a la humanidad, realizándose con ello la segunda era del mundo. Nuestros estudios nos conducen a reconocer en todas las partes de la ciencia humana que han querido regularizar Bacon y D'Alembert un principio que domina a todas las ciencias, principio que las ha dado un grande impulso y que ha extendido prodigiosamente sus límites. Nacido en la vieja sociedad ha socavado los cimientos de la monarquía y se ha elevado a fundador de otra sociedad con nuevas necesidades, nuevos instintos y nuevas virtudes. Popularizado y admirado por todos como el *palladium* de cuantas reformas se han hecho en Europa hace medio siglo, es ya un sentimiento nacional que ha reemplazado al sentimiento religioso. ¿Qué principio tiene pues el siglo XIX? *La libertad*.

La libertad ha sido el legado que dejó a los hombres del siglo XIX la Europa moribunda del feudalismo y ha llegado a nosotros como el último residuo de las verdades que la humanidad había atesorado por tantos siglos.

Platón anunció al mundo la verdad política; y el pueblo griego era el que en las plazas públicas declaraba la paz o la guerra. Colatino vio reflejado su civismo en el corazón de sus nietos y Bruto se sonrió al ver un puñal en las manos del sobrino de César. Ni los treinta tiranos, ni el aliento de los Césares han podido borrar del corazón de los hermanos de Catón aquella verdad por la que bebiera la cicuta el virtuoso Sócrates y se diera la muerte el vencido Filipo. El monumento edificado por el pueblo de Pericles y por la

nación de los Gracos se oscureció en la noche que trajeron consigo los pueblos del Norte. Mas cuando en Lutecia se reunió una juventud bulliciosa y se sentaron en las aulas los Abelardos rayó un momento de esperanza, y huyendo de los campamentos de la Palestina se abrigó en los corazones de Wiclef, de Hus y de Jerónimo de Praga, se conmovió la Europa, agrupándose los pueblos al pie de los tronos de los reyes. Lutero cree en sí mismo y amenaza con su pluma al Vaticano; y de este modo la libertad oscilando de un siglo a otro, de una nación a otra, desde Atenas a Roma, de Roma a las Universidades y a los reformadores del renacimiento, se filtra por los entendimientos, circula por las obras de todos los escritores, hasta que el pueblo que derribó la Bastilla presentó completa la fórmula social. La libertad iniciada en las sublimes concepciones de Platón se introdujo en todos los sistemas socialistas hasta Rousseau y Raynal, y purificada por los tiempos y por la filosofía cuando Legendre recogió las llaves de los jacobinos, la libertad no obstante fue el patrimonio que nos dejó afianzado la sociedad agonizante. El mismo Bonald odiaba al despotismo, Chateaubriand quiere libertad al borde del sepulcro, y no hay pueblo que no tenga Constitución. La Turquía adora su *haitti-scherif*; un anciano aclimata a orillas del Nilo la planta europea: Owen, S. Simón, Fourier y todos sus discípulos aman también la libertad como base de sus utopías.

Preciso es entender por libertad en las ciencias naturales el poder de observar y discurrir en los fenómenos de la naturaleza por la razón y experiencia y deducir principios y leyes, resultado sólo del estudio filosófico de los hechos, desechando la autoridad y la tradición. La tradición y la autoridad que impusieran su yugo impidiendo por tantos siglos su desarrollo, haciendo vagar las ciencias naturales por la región de las quimeras, fueron vencidas por los partidarios del libre pensar; y desde que el amante de Heloisa y el autor del *Novum organum* se levantaron osados contra su siglo la inteligencia marchó por sí misma y de lo pasado tomó hechos y no principios. Algunos sabios diseminados por la Europa evocaron las sombras de los genios de Euclides y del matemático de Siracusa, y afianzando sus sistemas sobre la eterna verdad matemática, aplicaron a la naturaleza su cálculo y no vieron en el mundo físico sino causas y efectos. Copérnico en sus profundas meditaciones halló en los espacios de la divinidad un principio y una ley; el matemático de Pisa eternizó la verdad del naturalista prusiano, fundó el verdadero estudio de la naturaleza y alcanzó introducir la filosofía en las ciencias exactas; y si mártir de la verdad agonizó en los calabozos de Roma por la razón y por la filosofía... el genio del anciano Galileo resplandeció en el alma del sencillo Newton, que robando a la naturaleza sus secretos, descubrió la armonía de los cielos y el sublime plan porque Dios gobierna al mundo. El estudio y la razón proclamados en el siglo XVII como única autoridad, crearon una época en todas las ciencias que elevan su pensamiento a la organización y a la materia. Entronizada la duda de Descartes, con D' Alembert y Laplace, Lavoisier y Cabanis, el siglo XVII al fallecer nos ha legado con Hauy y Berzelius, Broussais y Gall, la libertad en las ciencias que arrebatan a la naturaleza sus misterios.

Y la literatura de las pasiones ya se estudie en la musa misteriosa del bardo escocés, ya se escuche en la boca de Werter, en Child Harold, ya libre y regeneradora en las canciones del poeta popular,

ya cristiana en el alma de Eudoro; ora en las sublimes inspiraciones del autor del *Moro Expósito*, de los *Cantos del Trovador*, del *Diablo Mundo*, ora en las palabras balsámicas de Arolas; ya que nos llene de congoja *Claudio y Esmeralda*, ya temblemos al oír a *Antony*, la literatura contemporánea tiene un carácter propio, exclusivo, que la distingue de la de todas las demás épocas, como distinguimos un cuadro de Rafael entre los innumerables de un Museo. Este tipo es el espíritu de libertad que brilla en Walter Scott, en Byron, en Goethe, en Beranger, en Chateaubriand, en Saavedra, en Zorrilla, en Espronceda, en Víctor Hugo y Alejandro Dumas. Es la inspiración sobre todas las demás inspiraciones que conmovió las fibras del corazón de estos genios. Es como la savia que circula por cada pensamiento, por cada inspiración de las grandes obras del siglo. Si alguno pulsa la lira de los monarcas sus sonidos son tan débiles como los del moribundo.

Las ideas libres caminan al lado de las concepciones del poeta, y por eso los acentos de Shakespeare y Calderón han sonado con robustez en la escena y el pueblo aplaude a *Carlos 2.º* y a *Guzmán el Bueno*. El poeta que combate existencias es el genio de las masas y quien señala la senda de la gloria a numerosa juventud que hallándose ella sola con grandes pensamientos en medio de una sociedad incrédula, obedece a sus generosas inclinaciones, no consultando otro libro que el corazón.

Así la política, las ciencias naturales y la literatura en todas sus formas encierran un principio de libertad que le da su carácter social y civilizador. ¿Y se habrá hermanado también con las doctrinas de unos hombres sencillos que hace diez y ocho siglos predicaban la fraternidad?

En otra ocasión lo sabremos.

Mayo 26: 1842

A. FARALDO

Núm. 12 de "El Recreo Compostelano", pág. 183